

toda la tierra llana y muy baja; mas del conocimiento della estaban todos dudosos, porque por aquella parte ni el Almirante ni los otros que con él fueron non la habian visto. Esta isla es muy grande, y es nombrada por provincias, y á esta parte por donde llegaron llaman *Ahia*, é á otra provincia junto con esta llaman *Samana*, é á otra *Boio*, é á otra *Albao*; é hay otras muchas provincias, así como acá en España. Por la costa de esta isla corrió la flota al pié de cien leguas, porque hasta donde el Almirante habia dejado la gente habia este compás, que sería el medio de la isla.

Andando por derecho de la provincia llamada *Samana*, echó el Almirante en tierra uno de los indios que el otro viaje habia traído á España, vestido y con algunas cosillas; aquel día se finó el marinero vizcaino herido que habia sido de los caribes ya dichos que tomaron, é murió por su mala guarda, é porque iban por costas dióse lugar que saliesen en una barca á enterrarlo, é fueron en guarda de la barca dos carabelas, é acercáronse á tierra, é salieron á la barca, desde salió á tierra, muchos indios, de los quales algunos traían oro al cuello é á las orejas, é querían venir con los christianos á los navios; y no los quisieron traer, porque no llevaban licencia del Almirante, los quales desde vieron que no los querían traer, se metieron dos de ellos en una canoa, é se vinieron á una de las dos carabelas, en la qual los recibieron con su canoa, é trujéronlos á la nao del Almirante; dijeron mediante un intérprete indio, de los que iban de acá de España, que un Rey de aquella provincia los enviaba á saber qué gente era, é que les rogaba que se saliesen á tierra, é que daría al Almirante mucho oro que tenia é de comer de lo que tuviese, é el Almirante les mandó dar sendas camisas é bonetes é otras cosillas, é les dijo, que porque iba donde estaba Guacanari, no se podía detener, que otro tiempo habria para que le pudiese ver; é con esto se fueron.

E la flota no cesó su viaje hasta llegar á un puerto que el Almirante llamó *Monte Juan*, donde estuvieron dos días para ver la disposicion de la tierra; porque no habia parecido al Almirante el lugar donde habia dejado la gente que estaba en un asiento. Para hacer asiento descendieron en tierra, habia muy cerca de allí un gran río de muy buena agua, empero era toda tierra muy anegada y muy indispuerta para habitar. Andando viendo el río é tierra algunos de la flota, hallaron dos hombres muertos juntos con el río: el uno con un lazo al pescuezo, y el otro con un lazo al pié: esto fué el primero día; é otro día siguiente hallaron otros dos hombres muertos mas adelante de aquellos, el uno dellos estaba en disposicion de que se le pudo conocer tener muchas barbas, é algunos de la armada sospecharon mas mal que bien, en razon porque los indios son todos sin barbas, como dicho es, é este puerto está del lugar donde habia quedado la gente christiana el primer viaje doce leguas. Pasados dos dias alzaron velas para ir donde el Almirante habia dejado la sobre dicha gente en compañía del Rey de los in-

dios de aquella provincia, llamado Guacanari, que parecia ser de los principales de la isla; aquel día llegaron en derecho de aquel lugar ya tarde, é porque allí habia unos bajos donde el otro viaje se habia perdido la nao en que habia ido el Almirante, no osaron tomar el puerto cerca de tierra, fasta que otro día de mañana se sondase, é pudiesen entrar seguramente; quedaron aquella noche una legua de tierra, é esa tarde yendo por allí de lejos, salió una canoa en que parecían cinco ó seis indios, los quales venían aprisa para la flota, é el Almirante creyendo que lo siguieran hasta alcanzarlo, no quiso que los esperasen, y ellos porfiando llegar, llegaron fasta un tiro de lombarda de la flota, é parábanse á mirar, é desde vieron que no los esperaban, dieron vuelta; é despues que surjieron en aquel lugar, sobre tarde, el Almirante mandó tirar dos lombardas á ver si respondían los christianos que habian quedado cerca del dicho Guacanari, porque tambien les habian quedado lombardas, de lo qual se desconoló mucho la gente, é tomaron la sospecha que debían tomar; estando así todos tristes, pasadas quatro ó cinco horas de la noche, vino la misma canoa que esta tarde habian visto, é venia á la flota dando voces, preguntando por el Almirante; é un capitán de una carabela donde primero llegaron, trájulos á la nao del Almirante, los quales nunca quisieron hablar hasta que el Almirante les hablase, y demandaron lumbré para le conocer, y despues que le conocieron entraron en la nao; era el uno privado de Guacanari, el qual Guacanari los habia tornado á enviar despues que ellos se habian vuelto aquella tarde, é trujeron dos carántulas de oro que Guacanari enviaba en presente, la una para el Almirante, y la otra para el capitán que el otro viaje habia ido con él, y estuvieron en la nao hablando con el Almirante en presencia de todos por tres horas, mostrando mucho placer; é preguntándoles por los christianos que allí habian quedado qué tales estaban, aquel privado dijo que todos estaban buenos, aunque entre ellos habian muerto algunos de dolencia, y otros de diferencias que habian acontecido entre ellos; é que Guacanari estaba en otro lugar herido en una pierna, é que por eso no habia venido; pero que otro día vendría, porque otros dos Reyes, llamado el uno Caonaboa, y el otro Mariema habian venido á pelear con él y que le habian quemado el lugar. Luego esa noche se volvieron diciendo que otro día vernían con el dicho Guacanari, é con esto dejaron esa noche consolada la gente de la armada y se partieron. Otro día de mañana estuvieron esperando al Guacanari, é nunca vino, y entretanto saltaron á tierra algunos por mandado del Almirante, é fueron al lugar donde solia estar Guacanari, é halláronlo quemado, é un cortijo algo fuerte con una palizada, donde los christianos habitaban é tenían lo suyo, estaba tambien quemado é derribado, é ciertas vernias é ropas que los indios habian traído á echar en la casa; y los indios que por allí parecían andaban muy estraños, é no se osaban llegar á los christianos, é arrojándoles cuentas, é cascabe-

les, é otras cosas, ovo de asegurarse un pariente de Guacanari é otros tres, los quales entraron en la barca, é trujéronlos á la nao, é preguntáronles por los christianos, é dijeron que todos eran muertos, empero no lo habian creído; preguntando á este indio pariente del Guacanari quién los habia muerto, dijo que el Rey Caonaboa, y el Rey Mariema, é que les quemaron las casas del lugar, é que estaban muchos heridos, é que tambien el Guacanari lo estaba en otro lugar, y que él queria luego á lo llamar, al qual dieron algunas cosas, é luego se partió para donde estaba Guacanari, al qual todo aquel día estuvieron esperando, é nunca vino. Otro día saltó en tierra el Almirante é algunos con él, é fueron á donde solia estar la villa y habian quedado los christianos, la qual estaba toda quemada; é los vestidos de los christianos se hallaban por aquella yerba, é no se vido estonce ningun muerto; habia sospecha si el Guacanari los oviese muerto, otros decían, que como habia él de quemar su villa. El Almirante mandó cavar todo el sitio donde los christianos estaban fortalecidos, porque él les habia mandado que desde tuviesen alguna cantidad de oro que lo enterrasen, y entretanto que esto se hacia quiso llegar cerca de una legua de allí, donde le habia parecido haber buen sitio para edificar una villa, é llegaron á un poblado donde habia siete ú ocho chozas, las quales los indios luego que vieron ir los christianos desampararon, é llevaron lo que pudieron, que era gente bestial que no tenia discrecion para escoger donde hurtar, que los que vivían á la marina era maravilla cuán bestialmente vivían, las casas llenas de yerba en derredor y de humedad, que era maravilla como vivían; fallaron allí muchas cosas de los christianos, así como una almalafa muy gentil, la qual nunca se habia descosido de como se habia llevado de Castilla, é calzas, é una azuella de la nao que el Almirante allí habia perdido el otro viaje, é pedazos de paño, é otras cosas, é aun hallaron las cosas que tenían guardadas, en una esportilla muy cosida é á mucho recaudo una cabeza de hombre muy guardada, é creyeron que sería la cabeza de alguno que tenían por reliquia de padre ó madre, ó de algun Rey, ó por alguna costumbre de la tierra; de allí el Almirante se volvió y los que con él iban, por donde estaba la villa, y halló muchos indios que se habian asegurado con los que quedaron allí, cavando, buscando si los christianos oviesen dejado oro escondido, é con otros christianos de la flota que allí habian quedado, é habian resgatado con ellos oro fasta un marco, é habian mostrado donde estaban muertos once hombres de los christianos cubiertos ya de la yerba que habia crecido sobre ellos, é todos aquellos indios hablaban por una boca, que Caonaboa é Mariema los habian muerto; empero afirmaban y decían que los christianos tenia cada uno tres ó quatro mujeres, de donde se creyó quel mal que les vino á aquellos christianos que allí sin dicha habian quedado, fué por su desconcierto, é por se envolver con las mujeres indias, los indios de zelos los mataron, ó por algunas cosas de desaguizados que ha-

cian en la tierra, se invocarian pára los matar. Otro día de mañana, porque por todo aquello no habia lugar dispuesto para poblar, envió el Almirante una carabela á buscar por una parte, y él fué por otra, y él falló un puerto muy seguro con muy gentil disposicion de tierra para hincar, é quando volvió era venida la carabela que habia ido por la otra parte, en la qual habia ido Melchor, y otros quatro ó cinco caballeros, hombres de pró; é yendo costeano por su viaje salió á ellos una canoa con dos indios, el uno hermano de Guacanari, el qual conocido por un piloto que iba en la carabela, le preguntó que quién iba allí, é el piloto les dijo: hombres principales del Almirante, y el indio les dijo, que Guacanari les rogaba saliesen á tierra donde él tenia su asentamiento, el qual era hasta sesenta casas, é salieron en tierra los mas principales que iban en la carabela, y fueron donde estaba el Guacanari, al qual hallaron en su cama echado é haciendo del doliente herido, hablaron con él preguntándole por los christianos, respondió concertado con la misma razon que los otros, que Caonaboa y Mariema los habian muerto é que á él lo habian herido en un muslo, el qual mostró ligado, los que estonces lo vieron así le pareció que sería como él lo dijo, á tiempo de deponerse á cada uno de ellos dió una joya de oro, á cada uno como le pareció que lo merecía segun el hábito en que lo via. Este oro hacían ellos en hojas muy delgadas para carátulas é para poderse asentar sobre betumen que ellos facían; y si así no fuera no se asentara de otra manera; facían para asentar en la cabeza é para colgar en las orejas é narices, é para todo lo facían delgado, que así era menester, é ellos no tenían nada de ello por riqueza ni cosa de gran valor, salvo por bien parecer.

Dijo el Guacanari por señas, como mejor él pudo, que dijesen al Almirante como él estaba ansí herido, que lo viniese á ver; é luego como el Almirante llegó los sobredichos le contaron todo lo dicho, é otro día de mañana acordó el Almirante de ir allá, al qual lugar llegó con los que iban con él dentro de tres horas, que la jornada era tres leguas y aun menos desde donde estaba la flota fasta allí, é quando allí llegaron era hora de comer, é el Almirante comió ántes de salir en tierra, é luego mandó que todos los capitanes viniesen con sus barcas para ir en tierra, porque ya esa mañana antes que partiesen de donde estaban habia venido el hermano de Guacanari, y habia hablado con el Almirante á darle priesa que fuese donde estaba el dicho Guacanari; allí fué el Almirante á tierra é toda la mas gente de pró con él, tan ataviados que en una ciudad principal parecerían bien; llevó algunas cosas para le presentar, porque ya habia recibido de él alguna cantidad de oro y era razon responder con la obra y voluntad que él habia mostrado. El dicho Guacanari, tenia así mismo para le hacer presente aparejado; é quando el Almirante llegó con los capitanes é gente de pró al lugar é casa donde estaba Guacanari, halláronlo echado en su cama como ellos la usan, colgada en el aire hecha de algodón como de red, no

se levantó, salvo desde la cama hizo el semblante de cortesía como él mejor supo: mostró mucho sentimiento con lágrimas en los ojos por la muerte de los cristianos, y comenzó á hablar con ellos mostrando como mejor podía, como unos murieron de dolencia é como otros se habían ido á Caonaboa, á buscar la mina de oro, y que allí los habían muerto, y que los otros que se habían venido á matar en su villa, é á lo que pareció en los cuerpos muertos podía haber dos meses que eran muertos é que había acontecido aquello. A esa ora presentó al Almirante ocho marcos y medio de oro, é cinco ó seis labrados de pedrería de diversas colores, é en un bote de la misma pedrería estaba un joyel, lo qual le dió con mucha veneracion. Estaban allí presentes el Dr. Chanca, vecino de Sevilla, y otro cirujano de la armada, y dijo el Almirante á Guacanari como eran aquellos sabios para curar las enfermedades de los hombres, que les quisiese mostrar la herida, y él respondió que le placía, para lo qual el dicho Doctor le dijo que sería necesario si pudiese que saliese de casa, porque la casa estaba obscura que no se podría bien ver, lo qual él hizo luego, creo que sería mas de empacho que no de gana, y arrimándose á él salió fuera; despues de asentado llegó el cirujano, é comenzó de desliarle; estonce dijo el Guacanari al Almirante que era herida hecha con piedra; despues que fué desatado, llegaronle á tentar el Doctor y el cirujano, y no tenía mas en aquella pierna que en la otra, aunque él hacia del raposo que le dolía mucho. Ciertamente este caso puso á todos mayor sospecha de la que tenían; pero ni aun con todo eso ningun hombre cuerdo se pudo bien determinar para juzgar en este caso la verdad, porque las razones eran tan ignotas, que ciertamente muchas cosas había que mostraban haber venido gente contraria. Así mismo el Almirante no sabía qué se hacer, pareciéndole y á otros muchos, que por estonce hasta bien saber la verdad que se debía disimular, porque despues de sabido cada que quisiese se podría tomar enmienda.

Aquella tarde se vino con el Almirante á la flota, y mostráronle caballos y cuanto allí había, de lo cual quedó muy maravillado como de cosa estraña, tomó colacion en la nao y esa tarde se volvió á su casa; el Almirante le dijo que quería habitar allí con él y que quería hacer allí casas, y respondió le placía, pero que el lugar era mal sano y húmedo, y tal era él por cierto. Esto todo pasaba por intérprete de dos indios de los que habían venido con él en Castilla, que andaban allí con el Almirante, y éstos habían quedado de siete que partieron de Sevilla, que los cinco se murieron en el camino, y aquellos dos se escaparon por maravilla, habiendo llegado á gran peligro.

Otro dia estuvieron surtos en aquel puerto, y quiso saber Guacanari cuando se partía el Almirante, y el Almirante le mandó decir que otro dia, é aquel dia vino á la nao el sobre dicho hermano suyo, é otros con él, y trujeron algun oro para resgatar.

En la nao había diez mujeres de las que se habían

tomado, que estaban cautivas en las islas de Caribi, y eran las mas de ellas de las islas de Boriquen, é aquel hermano del Guacanari habló con ellas, y les dijo lo que luego esa noche pusieron por obra, y es que al primer sueño muy mansamente se echaron al agua, é se fueron á tierra, de manera que cuando fueron halladas menos iban tanto trecho que con las barcas no se pudieron tomar mas de las quatro, las quales tomaron al salir del agua; fueron nadando una gran media legua. Otro dia de mañana el Almirante envió á Guacanari le enviase aquellas mujeres, que la noche antes se le habían huido, y que luego las mandase buscar, y cuando fueron hallaron el lugar despoblado, que no hallaron persona en él. Aquel dia estuvo la flota queda, porque el tiempo era contrario para salir. Otro dia acordó el Almirante de mañana que fuesen todas las barcas á buscar puerto, é fueron por la costa buscando tierra de buena disposición para hacer habitacion: y tambien los habitadores indios de por allí no se aseguraban de los castellanos, é llegaron á un lugar á donde todos eran fuidos, á donde hallaron fuera de las casas metido en el monte un indio herido de una vara con una herida que resollaba por las espaldas, el cual no había podido huir mas lejos. Los indios de esta Isla Española, *Haiti* por ellos llamada, pelean con varas agudas, las quales tiran con unas tiraderas como hacen los muchachos acá en Castilla, con las quales tiran muy lejos y asaz certero, que para gente desarmada pueden hacer harto daño.

Este indio herido dijo al Almirante que Caonaboa y los suyos le habían herido é habían quemado las casas de Guacanari; así que el poco entender que les entendía, y las razones y notas, tenían confusos al Almirante y á todos, que no podían saber de cierto cómo hubiese sido la muerte de los cristianos.

No hallaron en aquel puerto disposición saludable para trazar pueblo; acordó el Almirante volverse por la costa donde había venido allí de Castilla, porque la nueva del oro era hacia allá. Fué el tiempo tan contrario, que mayor pena les fué andar treinta leguas que ir allá desde Castilla, que en el tiempo contrario é largueza del camino, ya eran tres meses pasados cuando descendieron en tierra; plugo á Nuestro Señor que por la contrariedad del tiempo que no los dejó ir mas adelante, ovieron de tomar tierra en el mejor sitio y disposición que se pudiera escojer, donde había muy gran puerto y bueno, y mucha pesquería, de la qual tenían mucha necesidad por el cansamiento de las carnes, que no había en toda aquella tierra, la qual era muy gruesa para todas cosas. Tenía junto un rio principal, y muy cerca otro razonable, de muy singular agua; allí comenzó á edificar una ciudad, á la qual puso nombre *Isabela*. Comenzóse á edificar una villa sobre la ribera del mar, en muy lindo lugar, que un corral se deslindaba con el agua con una barranca de peña taxada tal, que por allí no había menester defensa ninguna, la otra mitad estaba cercada de una arboleda tan espesa, que apenas pudiera un conejo andar, é tan verde que en ningun tiempo del mundo fuego

le podía quemar. Comenzaron de sembrar hortalizas y muchas cosas de las de acá, y crecían mas allá en ocho dias, que acá en Castilla en veinte. Fecho allí el asiento y comienzo del pueblo, luego el Almirante se conoció con los capitanes ó reyes de aquella comarca, que ellos llamaban allí Caciques, é traíanles de sus viandas, y venían allí continuamente muchos indios con oro, y á resgatar y cargados de maíz, que es un buen manjar, y es como nabos, que se cria debajo de la tierra, del qual se hacen muchos manjares en muchas maneras, el qual es muy cordial manjar con que se mantienen allá las gentes en lugar de pan. Hay otro manjar que llaman *ajes*; tambien cria debajo de la tierra, y hay otro que llaman *cazabi*. Había allí otras muchas maneras de manjares y frutas, todos muy diferentes de los de acá de Castilla.

Lo que de esta gente se pudo luego conocer fué que eran muy simples, sin letras de ninguno; no habían empacho de andar desnudos como nacieron, como andan; las mujeres, por la mayor parte traían cubiertas sus vergüenzas recinchado una mantilla de algodón enderredor de las caderas, é otras con fojas de árboles; sus galas de ellos é de ellas era pintarse, unos de negro, otros de blanco y colorado, é de otras colores, é de tantos visajes que verlos era cosa para reir, las cabezas rapadas en lugares, y en lugares con vedijas de tantas maneras que no se podía escribir, é todo lo que hacen acá en la cabeza de un loco, el mejor de ellos lo había allá en muy buena ventura que lo ficiessen en la suya. Lo que luego pareció desta gente que si luego tuvieran lengua á los castellanos con que los bien entendieran, luego se querían tornar christianos; é cuanto vian que facían los christianos, todo lo hacían ellos, é fucar las rodillas, poner las manos, decir el Pater noster, el Ave Maria é las otras devociones, é santiguarse, é decían que querían ser christianos, puesto caso verdaderamente que eran idólatras, porque en sus casas había figuras de muchas maneras y todas muy disformes y feas, que parecían al diablo, las quales tambien traían en las carátulas que se tocaban y en los cintos de algodón; y preguntándoles que era aquello, decían que *fuerey*, que quiere decir cosa del cielo, y si les querían tomar aquellas figuras, diciéndoles que era cosa áborrecible, que lo echasen en el fuego, mostraban por ello tristeza, y parecía que tenían en aquello mucha devocion, y así mismo pensaban, que cuanto los castellanos tenían y ellos, todo había venido del cielo, y á todo llamaban *fuerey*, que quiere decir en su lengua cielo. Luego que allí asentaron é comenzaron de hacer poblacion, se tendió gente de los castellanos por aquella comarca, é vieron en poco tiempo cosas por la tierra bien hazafiosas que hay por allí, y vieron que hay árboles que llevan lana, y harto fina y tal, que los que sabían del arte decían que se podrían hacer buenos paños de ella, y de estos árboles hay tantos que se podían cargar carabelas de lana, aunque es trabajosa de cojer, porque los árboles son muy espinosos, empero bien se podía hallar injenio para la cojer.

Hay que se vido infinito algodón de árboles perpétuos que lo dan, que son del tamaño de un durazno; é árboles que llevan cera en color é en sabor y arde tan bien como la de abejas, tal que no hay diferencia mucha de una á otra. Hay infinitos árboles de trementina muy singular y muy fina; hay mucha alquitara tambien muy buena; hay árboles que pareció á los físicos que allí iban que eran de los que llevan nuez moscada: salvo que estaban estonce sin fruto, y juzgáronlo ser dello porque la sabor y el olor de la corteza era como de nuez moscada. Vidose una raíz de genjibre que la traía un indio colgada del pescuezo; hay tambien lino aloe, aunque no es de la manera del que se ha visto acá en Castilla, pero no es de dudar que sea una de las especies de lino aloe que los doctores ponen. Vieron tambien que hay una manera de canela, empero no tan fina como la que acá vemos, que viene por la vía de Alejandria, é lo podría facer no ser tan fina el defecto de no la saber cojer en tiempo; ó por ventura críala así la naturaleza de la tierra; tambien hallaron mirabolanos cerinos, salvo que estonce estaban debajo del árbol, y como la tierra era muy húmeda, estaban podridos, y tenían el sabor muy amargo, é creyóse que sería del pudrimento, empero lo otro, salvo el sabor que es corrompido, es de mirabolanos verdaderos; y tambien almártiga muy buena, hay tambien pimienta muy buena, y quema dos veces mas que la que acá tomamos, críase en arbolillos como de hortaliza, es floja, no tan dura como ésta que acá viene por la vía de Alejandria, é mayor un poco, la qual tienen los indios por cosa muy medicinal y muy buena, é la siembran y cojen.

Es maravilla de como las gentes de todas aquellas islas no tienen ni poseen fierro, de las ferramientas que tienen de piedras muy agudas y hechas á maravilla, así como hachas y azuelas é otras ferramientas con que se sirven y facen sus cosas. Sus mantenimientos son pan de raíces que Dios les echó y dió en aquella tierra en lugar de trigo, que trigo, ni centeno, ni cebada, ni avena, nin escaña, nin pinizo, nin saina, nin mijo no hay allá, nin cosa que se les parezca; hay *cazabi*, que se coje en unos racimos como que quieren parecer al panizo, sino que son mucho mayores los granos é mas blancos; hay maíz, é *ajes*, é otros manjares é raíces, con que han vivido fasta agora, y otras frutas y mantenimientos salvajes é cosas que Dios allí les dió con que se crían y mantienen, y han criado y mantenido desde Dios Nuestro Señor allí los echó. No había cosa de mantenimientos hasta aquel tiempo que los castellanos fueron allá probar de las que acá hay, ni que se le pareciese; no había habas, ni garbanzos, ni yeros, ni lantejas, ni atramuces, ni res de quatro piés, ni alimaña, salvo unos gozcos pequeños, y aquellas utías, que son como grandes ratones, y son como entre ratones y conejos, y son muy buenas y sabrosas de comer, y tienen piés y manos como de raton, y suben por los árboles; son del tamaño de un conejo nuevo; los gozcos son

blancos é prietos é de todas maneras de colores. Hay lagartos y culebras, y no muchas, porque los comen los indios, y facen tanta fiesta dellos, como nos los castellanos de perdices; son los lagartos de allá como los de acá, en el tamaño, salvo que en la hechura son diferentes; aunque en una isla pequeña que está junto con un puerto que se llama Monte Juan, donde la flota estuvo algunos dias, se vido un lagarto muchas veces de gordura de un becerro y tan cumplido como una lanza, y muchas veces salieron por lo matar, y no podian con la espesura y huia y metíaseles en la mar. Otro sí comen los indios allende de comer lagartos y culebras, cuantas arañas y gusanos hallan por el suelo, así que parece de su bestialidad mayor que la de ninguna bestia del mundo.

Llevó el Almirante de este viaje diez y siete navios, como dicho tengo, en que iban cuatro naos y trece carabelas, y mil y doscientos hombres de pelea para quedar allá prosiguiendo la posesion de la tierra, é para ejercitar y saber del oro lo cierto y adquirirlo para el Rey é Reyna, quier por grado, quier por fuerza, de los habitadores; é llevó veinte y quatro caballos, é diez yeguas, é tres mulas, é llevó puercos y puercas, becerros y cabras, y vacas y ovejas, de todo un poco para criar, para lo qual la tierra fué muy conforme y aprovechable, y muy mas sana que para los hombres. El Almirante habia determinado una vez de enviar los navios en Castilla antes de ir á buscar las minas del oro, segun el aviso que tenia de los indios, la una en Cibao, que es una provincia donde hay mucho oro, y la otra en Atti, tierras del Rey Caonoboa, que era muy poderoso en aquella tierra, los quales hallaron muchas muestras donde se podia hallar mucho oro, é en mas de cinquenta rios é arroyos é fuentes hallaron que habia mucho oro, y se podia cojer, y trujeron muestras de todas partes, y creyendo que cavando la tierra bien honda se hallaria mucha cantidad de oro, pues que en las arenas de los arroyos del agua se hallaban, y pues que los indios no cavaban mas en hondo la tierra de un palmo, que no tenian con qué ni lo hallaban. Esto sabido, el Almirante despidió los navios para acá para Castilla, y dejó allá los que vido que eran necesarios quedar, y envió el oro que mas pudo haber al Rey y á la Reyna, é vinieron los navios á Cádiz, donde fasta que el Sr. Obispo Don Juan de Fonseca fué, no osaron salir á tierra fasta le entregar el oro, y donde en adelante se tuvo esta forma: que todos los navios que venian de las Indias venian á Cádiz y allí entregaban lo que traian al dicho Señor fasta que Sus Altezas lo pusieron en otros negocios mas altos que no éste, y lo subieron en honra como lo él merecia, de Embaxador entre Sus Altezas y el Emperador y Flándes sobre los casamientos de sus hijos, y le hicieron Obispo de Badajoz, é despues de Córdoba, é despues de Valencia, de bien en mejor, y todo bien empleado; é despues que este Señor dejó el cargo de las armadas y receptoría del oro, ovo otras formas y ordenamiento en lo recibir. En

este mismo año de 94, que vinieron los navios de las Indias, dejando en la Española el Almirante y la gente castellana en el pueblo comenzado de edificar, envió otra armada el Señor Don Juan de Fonseca con refresco para la dicha gente de mucho pan, é vino, é vituallas, la qual fué á buen tiempo y les hizo mucho provecho, é vinieron en marzo de 1494 los navios de las Indias, y volvió la armada con los mantenimientos dende á pocos dias.

El Almirante no echó en olvido la muerte de los treinta y nueve hombres que le mataron, é hizo su inquisicion, y supo de los mismos indios quien los habia muerto, y entró por la tierra, y cautivó infinitos dellos, de los quales envió en la segunda vez que invió los navios quinientas ánimas de indios é indias, todos de buena edad, dende doce años hasta treinta y cinco, poco mas ó menos, los quales todos se entregaron en Sevilla al dicho Señor Don Juan de Fonseca, é vinieron así como andaban en su tierra, como nacieron, de lo qual no habian mas empacho que alimañas, los quales todos vendieron, y aprovecharon muy mal, que murieron todos los mas, que no les probó la tierra.

Ovo cisma entre el Almirante y algunos de los que fueron debajo de su mandado, que no le querian obedecer, y decian que habian engañado al Rey y á la Reyna en les decir que habia tanto oro, lo qual afirmaban que no era verdad, y que si algo habia que seria mas el gasto que se pondria en buscar y sacar; muchos creyeron esto acá en Castilla y ovo muy grandes mormuraciones contra el Almirante, y él como soberano sobre ellos, envió presos algunos dellos, así como á Fernin Zedo, vecino de Sevilla, que habia ido por maestro para conocer y apurar el oro, el qual hacia escarnio del oro, y él y otros decian que aquel oro que aquellos indios poseian é daban al Almirante, que lo tenian de mucho tiempo, é lo habian habido sucesivamente de sus antecesores; é envió preso á Bernardo de Pisa, alguacil de la corte, y á otros muchos, y los entregaron en Sevilla presos; y de aquí se siguieron muchas dimensiones contra el Almirante, y todas á muy gran sinrazon, segun pareció la verdad. Esto acaeció despues que él vino de descubrir la tierra firme de la parte del austro, donde se engorró y tardó allá quatro ó cinco meses del año de 94.

CAPÍTULO CXXI.

De como el Almirante fué por la tierra á buscar el oro á la provincia de Cibao, y lo que le pareció de la tierra, é de la fortaleza que hizo.

Despues de partidos los navios en que fué la dicha armada de la ciudad Isabela, comenzada de fundar, los quales vinieron debajo de la capitania de Antonio de Torres, hermano del ama del Prncipe Don Juan, que partieron de la dicha ciudad Isabela á 3 de Febrero del año de 94, el Almirante dió priesa en fortalecer la ciudad, y en aderezar las cosas que para allá convenian para remediar las vidas, y la vivienda de toda aquella gente que allá

quedó, y fecho algo dello á 12 de Marzo se partió con toda la gente que fué menester, de á pié é de á caballo, para ir á ver la provincia de Cibao, que está de la ciudad 18 leguas, al austro de la dicha ciudad, y á través vegas y puertos, é fué é halló la dicha provincia, é hizo caminos llanos algunos puertos, é fizo allá una fortaleza en Cibao, en que puso gente, alcayde y maestros para el edificio é para poder señorear la gente della. Cibao es nombre de provincia, como ya es dicho, y quiere decir *Pedregal*, porque es áspera, tierra de cabezos y montañas muy altas, llenas de piedras todas ó la mayor parte dellas, no muy agrias, y sin árboles, mas no sin yerbas, ca es tierra muy fértil de mucha yerba, la cual es toda como grama, y mas espesa é mas alta que alcacel, y en algunas partes hasta las sillas de los caballos, y así está continuamente espesa si no la quemar; debajo de la qual todas aquellas montañas y cabezos son llenas de guijarros grandes y redondos como en una ribera ó playa, é todos ó la mayor parte son azules. Esta provincia es toda tierra muy fuerte é defensible, templada é sanísima, y en ella llueve muy amenudo; al pié de cada cabezo hay un arroyo y un rio chico ó grande, segun la montaña; y el agua es delgada y sabrosa, fria y no cruda, como otras aguas que dañan é hacen mal á la persona, é esta agua es como medicinal, que quebranta la piedra de los riñones, é muchas personas se sintieron muy bien é sanos con ella. En todos aquellos cabezos é arroyos hay mucho oro y todo en granos.

CAPÍTULO CXXII.

De los granos de oro y experimentos de él, é de cómo los indios los cogian.

La fortaleza que el Almirante hizo en Cibao llamada *Santo Thomás*, y al tiempo que allí estuvo edificándola vinieron muchos indios con gana de cascabeles y otras cosillas, de lo qual no se les daba nada hasta que trujesen oro, y como esto se les decia, corrian á la ribera y en menos de una hora traia cada uno de ellos una hoja é un caracol lleno de granos de oro, y un indio viejo trujo dos granos de peso de tres castellanos, que fasta entonces el Almirante no habia visto tan grandes, salvo uno que le habia presentado Guacanari, que habia enviado con el capitán Antonio de Torres al Rey y á la Reyna, con otros menudos que les envió; empero los mas de ellos fueron fundidos, creyendo á Fernin Zedo, que estaba allá por hombre de mucho saber en el oro, el qual erró en esto destos granos, porque eran de nacimiento y no fundidos, como él dijo, y despues se supo lo cierto que Fernin Zedo sabia muy poco en ello, que tambien dijo al Almirante de unos granos que habia entre los otros, que eran de oro bajo, que habia sido falsificado con laton, de que no supo lo que dijo, y tambien andaba errado porque supo que aquello procedia de la mina donde nació; ni es de creer que los indios aunque supiesen fundir que mezclasen el laton con el oro,

pues que tienen en mas estima el laton cien veces mas que el oro. Así que recibidos los dos granos del viejo, el Almirante le dió un cascabel, el qual recibió en tanta estima como si recibiera alguna buena villa, y dijo al Almirante que eran pequeños aquellos á comparacion de otros que habia en su tierra, que era cinco leguas de allí, y figuró en piedras tamañas como una nuez, é dijo que tamaños granos de oro habia él ballado é mayores, y otros figuraban que habia granos tamaños como naranjas, y mayores se hallaban algunas veces; otros decian, que entre ellos se habian visto tan grandes como una piedra, que señalaban, que pesaria media arroba, en fin, de los que se vido fasta entonces hubo grano de ocho castellanos.

Los indios, allende de ser gente bestial son perezosos y malos trabajadores, porque su hábito lo hacia manifesto, porque el invierno que allá se siente hace asaz frio, aunque no hay lana hay mucho algodón, de que se podrian vestir y hacer mucha ropa é repararse, é déjense andar así como bestias por pereza, sufriendo en sus personas el frio y el calor.

Volvió el Almirante á la ciudad Isabela desde Cibao, é dejada en concierto la gente, aderezó de ir á descubrir la tierra firme de las Indias, pensando hallar por aquella via la grande y muy riquísima ciudad del Catayo, que es del gran Kan.

CAPÍTULO CXXIII.

Como fué á descubrir el Almirante.

Partió el Almirante á descubrir la tierra firme de las Indias á 24 dias del mes de Abril del dicho año de 1494: dejó en la ciudad por presidentes á su hermano é un frayle, que se decia Fr. Benito, y ordenado lo que cada uno habia de hacer; partió con tres carabelas de vela redonda, y en pocos dias llegó al muy señalado puerto de San Nicolao, el qual está en la Isla Española frontero del cabo de Alfaeto, que es en la Juana, que él judgaba por isla y es tierra firme, fin y cabo de las Indias por el Oriente, y enderezó al dicho cabo, llegó á él é dejó de seguir la costa de la tierra del Septentrion, por donde el viaje primero habia andado, y navegó al Poniente corriendo la otra costa de la parte del austro, las quales costas van así ambas al Poniente, desviándose la una del Polo Ártico y la otra acercándose á él por la anchura de la tierra, que comienza por angosto y va subiendo al Septentrion por la parte del Austro, dejando la tierra de la Juana sobre la mano derecha; navegó pensando dar la vuelta al rededor y correr despues de ver el cabo la via de su deseo, que era buscar la provincia y ciudad del Catayo, diciendo que la podia hallar por allí, que es en el señorío del gran Kan, la qual se lee, segun dice Juan de Mandavilla y otros que la vieron, que es la mas rica provincia del mundo, y la mas abundosa de oro y plata, y de todos metales y sedas; pero son todos idólatras y gente muy agudísima, y nigromántica, y sábia en todas artes é caballerosa,

é dellas escriben muchas maravillas, segun cuenta el noble caballero inglés Juan de Mandavilla, que lo anduvo ó vido é vivió con el gran Kan algun tiempo. Quien de esto quisiere saber lo cierto lea en su libro en el 85, 87 y 88 capitulos, é allí verá como la ciudad de Catayo es muy noble é rica, é como la provincia suya tiene el nombre de la ciudad. La qual provincia é ciudad es en las partidas de hácia cerca de las tierras del Preste Juan de las Indias en la parte que señorea y mira al Norte, por donde el Almirante lo buscaba. Yo digo que habia menester muy grande distancia de tiempo para lo hallar, porque el gran Kan fué antiguamente Señor de los Tártaros; y desde la Gran Tartaria, que es en los confines de Buxia é Bahía, é podemos decir que se comienza la Gran Tartaria desde Ungria, que son tierras que están mirando desde esta Andalucía por el derecho á donde sale el sol en el mes de los mayores dias del año, é por aquel derecho solian ir los mercaderes en aquella tierra, que por la banda que el Almirante buscaba el Catayo, es mi creer que con otras mil é docientas leguas, andando el firmamento de la mar é tierra en derredor no llegare allá, y así se lo dije é hice entender yo el año de 1496, cuando vino en Castilla la primera vez despues de haber ido á descubrir, que fué mi huésped é me dejó algunas escripturas, en presencia del Señor Don Juan de Fonseca, de donde yo saqué y cotejélas con las otras que escribieron el honrado señor el Dr. Anca ó Chanca y otros nobles caballeros que con él fueron en los viajes ya dichos, que escribieron lo que vieron, de donde yo fui informado, y escribí esto de las Indias, por cosa maravillosa é hazañosa, que Nuestro Señor quiso demostrar en la buena ventura é tiempo del Rey Don Fernando é de la Reyna Doña Isabel, su primera mujer.

Ansí que el Almirante pensando que la Juana era isla, andubo mucho por la costa della, y preguntaba á los indios si era isla ó tierra firme, y como ellos son gente bestial y piensan que todo el mundo es isla y no saben qué cosa sea tierra firme, ni tienen letras ni memorias antiguas, ni se deleitan en otra cosa sino en comer é en mujeres, decian que era isla, empero algunos le dijeron que no la andaria en quaranta lunas, é mientras más seguian la costa, mas los echaba la tierra al Austro; que él bien pensó dar vuelta á la Juana y volver al Poniente, é dende al Septentrion donde pensaba hallar la noble ciudad é provincia riquísima del Catay, é ovo por fuerza de seguir aquella banda por donde la tierra lo desviaba de sí, é descubrió por aquella vía la isla de Jamáica, y volvió á seguir la costa de tierra firme setenta dias andando por ella, hasta haber pasado á estar muy cerca al Aurea é Forneso, á donde tomó la vuelta por temor de los tiempos y por la grandisima navegacion é mengua de mantenimientos, é de allí le vino en mente, que si próspero se hallara, que probara á volver á España por Oriente, viniendo por el Ganges, y dende al Seno Árábico, é despues por Etiopia, é despues pudiera venir por la tierra á Jerusalem, é dende á Japha, y embarcar y entrar en el mar

Mediterráneo, é dende á Cádiz. El viaje bien se pudiera hacer desta manera, empero muy peligroso por la tierra, porque todos son moros dende Etiopia á Jerusalem, empero él pudiera ir por la mar todavía, ir desde allí fasta Calicud, que es la ciudad que salieron los portugueses é la descubrieron, y para no salir por tierra sino todavía por agua, él habia de volver por el mismo mar Océno rodeando toda la Lybia, que es la tierra de los negros, é volver por donde vienen los portugueses con la especería de clavo á Barta, que despues de haber andado el Almirante trescientas veinte é dos leguas á quatro millas cada una, así como acostumbran en la mar, desde el cabo de Alfaeto, se volvió sino por el camino donde habia ido cuando pasó por aquel cabo de Alfaeto, que está al comienzo de la tierra Juana, puso allí columnas de cruces, tomada la posesion por sus Altezas, é fué muy bien fecho, pues remanecié ser el extremo cabo é puerto, que debeis saber aquel es extremo cabero, cabo de la tierra firme del Poniente, el cabo de San Vicente, que está en Portugal, en medio de los quales cabos ambos se contiene todo el poblado del mundo, que por tierra desde el cabo de San Vicente podrá ir siempre á Levante sin pasar ninguna cosa del mar Océano hasta llegar al cabo de Alfaeto é desde Alfaeto, por la contra, venir fasta el cabo de San Vicente por tierra firme á quien Dios ayude en el viaje.

CAPÍTULO CXXIV.

De como el Almirante llegó á tierra donde los árboles llevan dos veces fruto, é del pescado é serpientes que hallaron, é como fueron á la isla de Jamáica.

Tornando á proseguir é recontar mas amenudo las islas é tierras é mares que el dicho Almirante descubrió de aquel viaje, siguió por la mar, como dicho es, dejando la tierra firme á la mano derecha, fasta un puerto muy singularísimo, al qual llamó *Puerto grande*. En aquella tierra los árboles y las yerbas llevan dos veces en el año fruto, esto se supo y experimentó por verdad, de los quales muy suavísimo olor salia, que alcanzaba en gran parte á la mar. En aquel puerto no habia poblacion, é como entraron en él vieron á mano derecha muchos fuegos juntos con el agua, y un perro y dos camas sin personas; descindieron en tierra é hallaron mas de quatro quintales de peces en asadores al fuego, é conejos, é dos serpientes, é allí en muy cerca estaban puestas á los piés de los árboles en muchos lugares muchas serpientes, las mas asquerosas é feas cosas que los hombres vieron, é todas cosidas; las bocas eran todas de color de madera seca, y el cuero de todo el cuerpo muy arrugado, en especial en la cabeza, que les descendia sobre los ojos, los cuales tenían venenosos y espantables, é todas eran cubiertas de conchas muy fuertes como un peze de escama; é desde la cabeza hasta la punta de la cola por medio del cuerpo tenían unas conchas altas é feas é agudas como puntas de diamantes; é mandó el Almirante tomar el pescado, con que ovo refresco la

gente, é despues andando buscando puerto con la barca, vieron del cabo de un cerro mucha gente desnuda á la costumbre de allá, y haciéndoles señales que se llegasen, allegóse uno y fabló un indio que el Almirante llevaba por intérprete de los que habian venido á Castilla, que entendia ya bien el castellano, y entendia tambien á los indios, é el indio extraño fablaba desde encima de una piedra, é como entendió al otro aseguróse é llamó á la otra gente, que era obra de setenta hombres, los quales dijeron que andaban cazando por mandado de su cazique para una fiesta que querian facer, y el Almirante les mandó dar cascabeles é otras cosillas, é mandóles decir que perdonasen que él habia tomado el pescado é no otra cosa, é holgaron mucho cuando supieron que no les habia tomado las serpientes, é respondieron que fuese todo en buen hora, que ellos pescarian mas á la noche. Salió de allí otro dia ántes que saliese el sol, siguió al Poniente la costa de la tierra, la qual veian ser muy hermosa é muy poblada tierra, y como veian tales navios, venian á las playas á ver mucha gente é niños chicos y grandes, trayéndoles pan y cosas de comer, corriendo mostrando el pan y las calabazas llenas de agua, llamando «comed, tomad, gente del cielo», y rogábanles que descindieran y fuesen á sus casas, y otros venian en canoas á lo mismo, así navegaron fasta un golfo donde habia infinitas poblaciones, y las tierras y campos eran tales, que todas parecian huertas las mas famosas del mundo y todas tierras altas é montañosas; surjieron allí y la gente de la comarca luego vinieron, é trajéronles pan y agua y pescado; y luego otro dia siguiente en amaneciendo partieron de allí, é andando hácia un cabo, despues determinó el Almirante dejar aquel camino y aquella tierra y navegaron en busca de la isla Jamáica al Austro, y en cabo de dos dias y dos noches allegaron á ella con buen viento é fueron á dar en el medio della, la qual es la mas hermosa que los ojos vieron, ella no es montañosa, y parece que llega la tierra al cielo, es muy grande, mayor que la Sicilia, tiene en cerco ochocientas millas, y es toda llena de valles é campos é planos; es fertilísima ultra modo, que así á la lengua del mar como en la tierra adentro toda es llena de poblaciones y muy grandes y muy cerca unos de otros á quatro leguas; tiene canoas mas que en ninguna otra parte de por allí, y las mas grande que fasta entonces habian visto, todas de un tronco como dicho es, enteras de un árbol, y cada Cacique de todas aquellas partes tiene una canoa grande de que se precia de tener una nao grande y hermosa; así traen labradas aquellas canoas en proa y popa á lazos y pinturas, que es maravilla la hermosura dellas; en una de aquellas grandes midió el Almirante noventa y seis piés de luen go y ocho piés de ancho.

CAPÍTULO CXXV.

De la isla Jamáica.

Ansí como el Almirante llegó cerca de la tierra de Jamáica, luego salieron contra él bien setenta

canoas todas cargadas de gente y varas por armas, una legua á la mar, en son y forma de pelear, y el Almirante con sus tres carabelas y gente no dió por ellos nada, é siguió todavía el camino de la tierra, é desde esto vieron, ovieron miedo é volvieron huyendo, y el Almirante tuvo forma con su carabela é faraute, como una de aquellas canoas se aseguró é vino á él con la gente, é dióles vestidos é otras muchas cosas que ellos tuvieron en gran precio, é dióles licencia que se fuesen, y él fué á surjir á un lugar que puso nombre *Santa Gloria*, por la estrema hermosura de su gloriosa tierra, porque ninguna comparacion tienen á ella las huertas de Valencia, ni de otra parte, y esto es en toda la isla; y durmieron allí aquella noche, y otro dia en amaneciendo fueron á buscar puerto cerrado para despallar y adobar los navios, y andando al Poniente quatro leguas, hallaron un singularísimo puerto, y el Almirante envió la barca á ver la entrada, é salieron á ella dos conoas con mucha gente y le tiraron muchas varas, empero luego huyeron desde vieron resistencia, pero no tan presto que no recibieran castigo, y el Almirante entró en el puerto y surgió, y vinieron tantos indios sobre él que cubrian la tierra, y todos teñidos de mil colores y la mayor parte de negro, y todos desnudos á su uso, y traian plumajes en las cabezas, de diversas maneras, y traian el pecho y el vientre cubiertos con hojas de palma, dando la mayor grita del mundo, y tirando varas, aunque no alcanzaban; y en los navios tenían necesidad de agua y de leña allende de adobar los navios; y el Almirante vió que no era razon dejarlos en aquella osadía sin pena, porque otra vez no se atreviesen así. Arrimó todas tres barcas, porque las carabelas no podian andar y llegar donde ellos estaban por el poco hondo, y porque conociesen las armas de Castilla allegáronse cerca dellos con las barcas y tiráronles con las ballestas y desde los picaron bien, y comenzaron de coger micdo, saltaron en tierra á ellos despeldando tiros, y como los indios vieron que los castellanos descindieron á ellos, dieron todos los indios á huir, hombres y mujeres, que no pararon ninguno en toda la comarca, é un perro que soltaron de un navío los seguia é mordía, é les hizo gran daño, que un perro vale para contra los indios como diez hombres. El dia siguiente antes del sol salido, volvieron seis hombres de aquellos indios á la playa, llamando y diciendo al Almirante que aquellos Caciques todos le rogaban, que no se fuese, que los querian ver é traer pan é pescado é frutas; al Almirante le plugo mucho de la embajada, é hicieron su amistanza é seguro, é vinieron los Caciques é muchos indios á él, é trujéronle muchos mantenimientos con que refrescó mucho la gente, é estuvieron muy abundosos de todo todos los dias que allí estuvieron, y los indios quedaron muy contentos con las cosas que el Almirante les dió; é adobados los navios é descansada la gente partieron de allí.

CAPÍTULO CXXVI.

De muchas islas que se descubrieron.

Partió el Almirante con sus tres carabelas de Jamaica, y navegó treinta y cuatro leguas hacia el Poniente, fasta el golfo de buen tiempo, é allí ovieron los vientos contrarios para seguir la costa adelante de la dicha isla de Jamaica, de la qual su calidad era bien conocida y vista que no había en ella oro ni metal ninguno, aunque de lo otro era como un paraíso, y por mas que oro tenida; ficieron del viento contrario bueno y volvieron á la tierra firme de la Juana con propósito de seguir la costa de ella que habían dejado por saber cierto si era tierra firme; é fueron á parar á una provincia que llaman *Macaca*, que es muy hermosa, y fueron á surjir á una población muy grande, el Cacique de la qual ya conocía al Almirante y las carabelas de antes que fuesen á esta jornada, que allegaron por aquella costa las idas de la primera vez que el Almirante fué á descubrir, que todos los Caciques de aquella tierra lo supieron, é fué toda aquella tierra é islas alborotadas de tan nueva cosa é navíos, é todos decían que eran gente del cielo, no embargante que él no había navegado á aquella costa, salvo la otra del Septentrion; y llegados allí el Almirante envió presentes al dicho Cacique de las cosas que ellos allá tenían en mucho precio; y el Cacique les envió buen refresco, y á decir como le conocían y al Almirante por oídas, y conocían á su padre de Simon, un indio que el Almirante había traído á Castilla é dado al Príncipe Don Juan; y el Almirante descendió en tierra y preguntó al dicho Cacique y á los indios de aquel lugar, si aquello era tierra firme ó isla; y él con todos los otros le respondieron que era tierra infinita de que nadie había visto el cabo, aunque era isla. Esta era gente muy mansa, y desviada de malos pensamientos; hay diferencia en gran manera de esta gente de esta tierra Juana, á las otras de todas las islas comarcanas, y eso mesmo hay en las aves, y en todas las otras cosas, que estas de esta isla Juana son de mejor condicion é mas mansas. Otro dia partieron de allí é navegaron al Septentrion declinando al noroeste siguiendo la costa de la tierra; á oras de visperas vieron de lejos que aquella costa volvía al Poniente y tomaron aquel camino por atajar, dejando la tierra á mano derecha. Otro dia al salir el sol miraron de encima del mastelero y vieron la mar llena de islas á todos cuantros vientos: y todas verdes y llenas de árboles, la cosa mas hermosa que ojos vieron, y el Almirante quisiera pasar al Austro, y dejar estas islas á la mano derecha, mas acordándose haber leído que toda aquella mar es así llena de islas, y Juan de Mandavilla dice que en las Indias hay mas de cinco mil islas, determinó de andar adelante, y no dejar la vista de la tierra firme de la Juana y ver lo cierto si era isla ó no, y quanto mas andaban mas islas descubrian, y dia se hizo anotar 164 islas, y el tiempo para navegar entre ellas siempre se lo dió Dios bueno, que

corrian los navíos por aquellos mares que parecía que volaban; y llegaron el dia de Pascua de Espiritu Santo de 1494 á posar á la costa de tierra firme, á un lugar despoblado, y no por destemperanza del cielo ni esterilidad de la tierra; y en un grande palmar de palmas que parecía que llegaban al cielo; allí en orilla de la mar salían de la tierra dos ojos de agua de debajo de ella, tan grandes que en el ahujero cupiera una gorda naranja, y venia esto en alto con impetu, cuando la marea era decreciente; era tan fria y tal y tan dulce, que no la habrá mejor en el mundo; y este frio no es salvaje como otros que dañan el estómago, sino sanísimo; y descansaron allí todos en las yerbas de aquellas fuentes, y al olor de las flores, que allí se sentía maravilloso, y al dulzor del cantar de los pajaritos, tantos eran y tan suaves, y la sombra de aquellas palmas tan grandes y tan hermosas, que era maravilla ver lo uno y lo otro. Allí no parecía gente ninguna, empero señal había de andar gente por allí, que había señales de ramas de palmas cortadas. De allí el Almirante entró en una barca y fué con ella y con las otras á ver un rio al Levante de allí una legua, y hallaron el agua tan caliente que escasamente se sufría la mano en ella; y anduvieron por él arriba dos leguas sin hallar gente ni casas, y siempre la tierra era en aquella hermosura y los campos muy verdes y llenos de infinitas uvas y tan coloradas como escarlatas, y en toda parte por allí había el olor de las flores y el cantar de los pájaros muy suave, lo qual todos vieron y sintieron en cuantas islas por allí llegaron, y porque eran tantas que no se podían en singular nombrar cada una, púsoles el Almirante por nombre *el Jardín de la Reyna*. Y el dia siguiente, estando el Almirante en mucho deseo de haber lengua, vino una canoa á caza de peces, que así llaman ellos, caza, que cazan con unos peces otros, que traían atados unos peces por la cola con unos cordales, y aquellos peces son de hechura de cóngrios y tienen la boca larga, toda llena de sosas, así como de pulpo, y son muy osados, como acá los uros, é lanzándolos en el agua ellos van á pegarse á cualquier pece, de estos en el agua non los despegarán fasta que los saquen fuera, ántes morirá, y es pece muy ligero, y desque se apega, tiran por el cordel muy luego en que lo traen atado, y sacan cada vez uno, y tómanlo en llegando á la lumbre del agua, así que aquellos cazadores andaban muy desviados de las carabelas y el Almirante envió las barcas armadas y con arte que no les fuyesen á tierra, y llegados á ellos, les hablaron todos aquellos cazadores como corderos mansos sin malicia, como si toda su vida los ovieran visto, que se detuviesen con las barcas, porque tenían uno de estos peces pegado en fondo á una grande tortuga, fasta que la oviesen recojido dentro en la canoa, y así lo hicieron, y despues tomaron la canoa, y á ellos con quatro tortugas, que cada una tenía tres codos en luen-go, é los trujeron á los navíos al Almirante; y allí aquellos le dieron nuevas de toda aquella tierra é islas, y de su cacique, que estaba allí muy cerca,

que los había enviado á cazar, y rogaron al Almirante que se fuese allá, y que le harían gran fiesta, y diéronle todas quatro tortugas, y él les dió muchas cosas de las que llevaba, con que fueron muy contentos, y preguntóles si aquella tierra era muy grande, y ellos respondieron que al Poniente no tenía cabo, y dijeron que toda aquella mar al Austro é Poniente era llena de islas, é dióles licencia; y ellos le preguntaron cómo se llamaba, y ellos le dijeron el nombre de su Cacique, y volvieron á su ejercicio de pescar.

CAPÍTULO CXXVII.

De la tierra donde los hombres comen perros, y los engordan con pescado para ello, é del suavísimo olor de la tierra.

Partió el Almirante de allí, por entre aquellas islas por las canales mas navegables, siguiendo al Poniente, no se desviando de tierra firme, y despues de con buen tiempo haber andado muchas leguas, falló una isla grande y al cabo de ella una gran población; y aunque las carabelas llevaban buen tiempo, surjieron allí y fueron á tierra; mas no hallaron persona alguna, que todos huyeron y dejaron el lugar; creyóse ser gente que se gobernaba de pescados; allí hallaron infinitas conchas de tortugas que tenían por aquella playa; allí hallaron todos juntos quarenta perros, no grandes ni muy feos: no ladraban, parecía estar criados á pescado, y cebados. Supieron como los indios los comían, y que tienen tan buen sabor como acá cabritos en Castilla, porque algunos castellanos los probaron. Tenían allí aquellos indios muchas garzotas mansas, é otras muchas aves, é el Almirante mandó que no les tomasen ninguna cosa, y partióse de allí con sus navíos, y luego hallaron otra isla mayor que aquella, y no curaron de ella, mas enderezaron á unas montañas que vieron muy altas de la tierra firme, que estaban de allí catorce leguas, y allí hallaron una gran población, y el Cacique y los demas habitantes de muy buena conversacion, y de muy buen trato, y allí dieron muy buen refresco al Almirante y á su gente de pan y frutas y agua; y preguntóles el Almirante si aquella tierra se andaba mucho al Poniente adelante, y respondió el Cacique, que con otros viejos de su tiempo que lo sabían, cá era hombre viejo, que aquella tierra era grandísima y jamas oyó decir que tuviese cabo, mas que adelante sabría mas de la gente de Magon, de la qual provincia ellos estaban comarcanos.

Navegaron el siguiente dia al Poniente, siguiendo siempre la costa de la tierra, y anduvieron muchas leguas siempre por islas mas grandes, y no tan espesas como primero; llegaron á una sierra muy grande y muy alta, que andaba mucho dentro en la tierra, tanto que no se pudo ver el fin de ella; y de la parte de la mar de ella había poblaciones infinitas, de las quales luego vinieron á los navíos gente infinita con fruta y pan, y agua, y algodón hilado, y conejos, y palomas, y de otras mil maravillas de aves de otras maneras, que no

Cr.—III,

hay acá, cantando por fiesta, creyendo que aquella gente y navíos venían del cielo; y aunque el indio intérprete que llevaba el Almirante les decía que era gente de Castilla, creían que Castilla era el cielo, y que el Rey y la Reyna Señores de aquellos navíos cuya era aquella gente, estaban en el cielo. Llámase aquella provincia *Ornophay*; llegaron allí una tarde y habían andado en poca agua, y allá no pudieron hallar hondo, y el viento de la tierra los echaba fuera y estuvieron una noche allí á la cuerda pairando, que no les pareció una hora de mano por el suavísimo olor que de la tierra venía, y el cantar de los pájaros y de los indios, que era muy maravilloso y contentable; allí dijeron al Almirante que adelante de allí era Magon, donde todas las gentes tenían rabo, como las bestias ó alimañas, y que á esta causa los hallarian vestidos, lo qual no era así, mas parece que entre ellos hay este crédito de oídas, y los simples dellos lo creen ser así con su simpleza, y los discretos creo yo que no lo creerán, porque parece que ello fué dicho primeramente por burla, haciendo escarnio de los que andaban vestidos, como dice Juan de Mandavilla en el 74 cap. de su libro, que en las Indias en la provincia de la Moré todos andan desnudos como nacieron, y que hacen burla de los que andan vestidos; y dicen que es gente que no creen en Dios, que hizo á Adán y á Eva nuestros padres, el qual los hizo desnudos, y dicen que de lo que es natural, ninguno debe haber vergüenza; y así los de esta provincia de *Ornophay*, como ellos todos andan desnudos, hombres y mujeres, hacen escarnio de los que oyen decir que andan vestidos, y el Almirante supo ser burla, que si algunos donde ellos decían andan vestidos, tampoco tienen rabo, como ellos dijeron. Dijeron allí tambien al Almirante que adelante había islas innumerables y poco hondo, y que el fin de aquella tierra era muy lejos, é tanto que en quarenta lunas no le podría llegar á cabo; y ellos fablaban segun el andar de sus canoas, que es muy poco, que una carabela andaría mas en un dia, que ellos en siete.

CAPÍTULO CXXVIII.

De la mar blanca.

Partió el Almirante de *Ornophay* el dia siguiente con buen viento con sus carabelas, é cargó de velas, é anduvo muy gran camino fasta que entró en una mar blanca todo de un golpe, é pasó muchos bajos antes de llegar á ella, la qual mar era blanca como leche y espesa como el agua en que los zurradores adoban los cueros; y luego les faltó el agua, y quedaron en dos brazas de hondo, é el viento les acudió, é estando en una canal muy peligrosa para volver atrás ni para surjir con los navíos, porque no podían volver atrás, ni virar sobre el ancla la proa al viento, ni había hondo para ello, porque siempre andaban rastraendo el ancla por el suelo, é anduvieron así por estas canales de dentro de estas islas las diez leguas fasta una isla donde hallaron